



Revista Colombiana de Antropología

ISSN: 0486-6525

rca.icanh@gmail.com

Instituto Colombiano de Antropología e

Historia

Colombia

Riaño, Pilar

"¿POR QUÉ A PESAR DE TANTA MIERDA este barrio es poder?". Historias locales a la luz nacional

Revista Colombiana de Antropología, vol. 36, enero-diciembre, 2000, pp. 50-83

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105015261003>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“¿POR QUÉ A PESAR DE TANTA MIERDA este barrio es poder?” *Historias locales a la luz nacional*

PILAR RUANO

SIMON FRASER UNIVERSITY

VANCOUVER, CANADÁ

Correo electrónico: Pilar_ruano@telus.net

Resumen

FESTRÍCTAMENTE DESCRIBE LA HISTORIA DEL BARRIO ANTIOQUIA (MEDELLÍN) A PARTIR de los recuerdos y testimonios de sus habitantes y a la luz de las transformaciones históricas de Medellín y Colombia en los últimos setenta años. Se propone una lectura relacional y localizada del transcurrir histórico para enfatizar que los procesos que tienen lugar localmente, en este caso en el ámbito barrial, hacen parte y dan cuenta de procesos regionales y globales más amplios. El diálogo histórico se construye desde una pregunta acerca de la identidades culturales en ámbitos atravesados por múltiples violencias. Se examinan los modos en que las identidades culturales se construyen y transforman a partir de la experiencia vivida del lugar barrial, desde las memorias individuales y colectivas y en relación con propuestas culturales, formas de poder y procesos macro sociales.

Abstract

THIS ARTICLE DESCRIBES THE HISTORY OF THE BARRIO ANTIOQUIA (MEDELLÍN) FROM the perspective of the memories and testimonies of its residents, and in light of the historical transformations of Medellín and Colombia in the last sixty years. It proposes a relational and situated reading of the passing of history emphasizing local processes, in this case, life in the barrio, and how they are connected with wider regional and global processes. The historical dialogue is constructed from a question around cultural identities in cultural spaces crossed by multiple violences. The article examines the way in which cultural identities are constructed and transformed from the experience of living in the barrio, individual and collective memories in relation with cultural positions, forms of power, and macro social processes.

INTRODUCCIÓN¹

Muerto el gran contratador de sicarios, mi pobre Alexis se quedó sin trabajo. Fue entonces cuando lo conocí. Por eso los acontecimientos nacionales están ligados a los personales, y las pobres ramplonas vidas de los humildes tramadas con las de los grandes.

FERNANDO VALLEJO, *La virgin de los sicarios*

“**A** VIOLÉNCIA COLOMBIANA EMPEZÓ EN EL BARRIO ANTIOQUIA”, AFIRMÓ don José², un hombre de unos cincuenta años, Líder comunitario del barrio Antioquia (Medellín), poco después que lo conocí y le expliqué

1. Agradezco a Margarita Chaves y a Lilianna Munera por sus sugerencias y por la traducción del texto del inglés.

2. Los referencias a lugares específicos mantienen en su mayoría el nombre original. Los nombres de personas utilizan un pseudónimo.

que lo trabajó de investigación. Días más tarde, cuando conversábamos en la sede de la junta de acción comunal del barrio, repitió esta frase y añadió: “La historia del barrio Antioquia es la historia del país”. A menudo recordé sus palabras al escuchar las historias sobre eventos que habían tenido lugar en el barrio y en Medellín, o mientras realizaba la investigación bibliográfica sobre la historia y los patrones sociales de la región. Afirmaciones como las de don José me permiten establecer una perspectiva desde la que es posible explorar las relaciones entre eventos locales y tendencias históricas nacionales y globales.

Este artículo examina el potencial de las historias locales para desarrollar y describir dinámicas sociales, históricas y culturales más amplias (Escobar, 1997; Gupta y Ferguson, 1997). A lo largo de el se tejen numerosas relaciones entre las memorias locales y las transformaciones operadas en la ciudad de Medellín y en el país a partir de los años 1920. Aunque la narrativa mantiene un hilo cronológico, las memorias de los habitantes del barrio Antioquia subvierten la linearidad y metanarrativa de “la historia” para dar cuenta de múltiples voces, de otras temporalidades y narrativas, y diluyen las identidades en el transcurrir histórico.

El artículo hace parte de un trabajo de investigación más amplio en el que me pregunto acerca de las dimensiones culturales de las violencias a través del estudio de las prácticas del

recuerdo y el olvido de los habitantes de la ciudad de Medellín³.

La relación memoria, historia e identidad se elabora desde la pregunta sobre los modos en que las identidades culturales de grupos subordinados resisten, se reconstruyen o fragmentan bajo formaciones atravesadas por múltiples violencias. Argumento que es precisamente desde los modos en que los individuos y colectividades recuerdan y olvidan desde donde pueden rastrearse las huellas y señales de identidad y los modos en que los individuos se construyen como sujetos y miembros de ciertas colectividades (Passerini, 1992). Las identidades, entonces se conciben, no como entidades integradas sino en tanto nudos relationales, temporales, abiertos y plurales.

El historiador David Cohen (1995) ha llamado la atención sobre aquellas prácticas significativas y alternativas de producción de historia que se producen por fuera del gremio académico de historiadores y antropólogos. Estas, a diferencia de las producidas por los académicos, se encuentran en las narrativas y en los mundos cotidianos de los sujetos que estudiamos. Cohen sostiene que cualquier práctica de producción de la historia necesita reconocer su inscripción en estos campos sociales más amplios y que los métodos y herramientas del historiador/antropólogo son sólo una parte de la producción histórica.

Aquí, me aproximo a la tarea del historiador inspirada por esta perspectiva. Para ello me baso en las diversas prácticas locales de producción de historia así como en mis observaciones etnográficas. Conjugo fuentes orales y escritas, entre las cuales incluyo: 1) Historias que recordaron los residentes del barrio Antioquia durante los "talleres del recuerdo"⁴, sesiones de grupo y encuentros informales que tuvieron lugar durante mi trabajo de campo en los años 1997 y 1998; 2) Anotaciones y observaciones etnográficas; 3) Varios videos, dramas y actuaciones producidas por

3. Este trabajo hace parte de mi tesis doctoral, "Habitantes de la memoria: una etnografía del lugar: las memorias y las violencias en Medellín, Colombia", Universidad de la Columbia Británica, Canadá (2000). El trabajo de investigación contó con el apoyo de la Corporación Región de Medellín. Un avance de los resultados de la investigación se encuentra en el artículo "La memoria viva de las muertes: lugares e identidades juveniles en Medellín", Análisis Político, diciembre 2000.

4. El taller, en cuento dispositivo y método grupal e interactivo, constituyó uno de los recursos centrales de la metodología de la investigación. Durante estos sesiones se trabajaba con una variedad de medios de las artes verbales, la historia oral y las artes visuales, acudiendo a recursos metodológicos que permitieron explorar los múltiples dimensiones sensoriales y de sentido desde los que como sujetos humanos recordamos: imágenes, canciones, historias, olores, el paisaje, el cuerpo, las anécdotas, etcétera. Para una discusión de esta metodología, véase "Memorias metodológicas", Revista de Estudios Sociales, No. 7, septiembre, 2000: 48-60.

los individuos y grupos de la comunidad; y 4) Documentación y literatura sobre la historia regional. Los eventos narrados a veces se reconstruyen a partir de las historias contadas por varios habitantes del barrio. Otras veces fueron narrados por un individuo o descritos por las personas que los vivieron.

NUBES DE HUMO

El 24 de junio de 1935, Iván, su padre y la mayoría de sus vecinos se apresuraron hacia los árboles ubicados al sur este del barrio Antioquia. Un avión se había chocado y ardió en llamas, levantando humo alrededor del área. Mientras se maravillaban con el fuego, Iván oyó mencionar a Carlos Gardel. Durante los días siguientes, el humo permaneció en el aire mientras los rumores sobre lo que había pasado se extendían con la voracidad del fuego. Algunos decían que a Gardel, el renombrado cantante del tango argentino, le habían disparado mientras su avión despegaba y otro intentaba aterrizar en Medellín. Otra versión contaba que los aviones habían chocado y que Gardel había escapado vivo. Otros evocaron simplemente un avión y nunca oyeron hablar de tiroteos o que Gardel estuviera vivo, pero todos, a la fecha, continúan recordando este evento. La muerte de Carlos Gardel en los terrenos del barrio Antioquia ha marcado a varias generaciones del mismo, moldeado sus gustos musicales y su deseo de volar en avión, proporcionado un referente icónico para reforzar el sentido de pertenencia a "ese barrio donde murió Gardel".

En los años 1930, los paisas veneraron a Gardel y al ritmo de tango que él immortalizó. El tango se oyó a lo largo de la ciudad: en los bares de las áreas comerciales cercanas a la estación del tren, en los barrios de las clases trabajadoras, en las tiendas de esquina y en las casas de artesanos, bohemios y de gran número de nuevos inmigrantes provenientes de las áreas rurales cercanas. La crianza de Gardel como un niño pobre de los arrabales argentinos, su lucha para llegar a ser cantante y su éxito y aceptación entre todas las clases sociales se convirtieron en la fuente de inspiración de las masas de inmigrantes y de mujeres y hombres pobres que se esforzaban por sobrevivir en la ciudad de Medellín (Savigliano, 1995). A través del tango, el particular idioma del

lunfardo y la figura del *malevo*, se convirtieron en modelos culturales que se apropiaron y recrearon como estilos lingüísticos y culturales de las clases populares. Se incorporaron a las figuras locales tales como el *guapo*⁵, y proveyeron modelos culturales, estrategias de supervivencia y "trucos callejeros" para aquellos que, como los nuevos inmigrantes de los arrabales argentinos, experimentaban el desarraigo, la exclusión y la soledad en una ciudad hostil que los ignoraba casi por completo (Reyes, 1996; Villa, 1991).

LOS ORÍGENES

LEL BARRIO ANTIOQUIA FUE OFICIALMENTE INCORPORADO EN EL PERÍMETRO urbano de Medellín unos años antes del accidente de Garde. El asentamiento humano, sin embargo, se había formado a mediados de la década de 1930. Familias provenientes de las áreas rurales del suroeste de Antioquia y de algunas partes de Medellín se establecieron en terrenos de las grandes fincas que venían siendo progresivamente parceladas, intercambiando sus pollos, cerdos, huevos, *chéches* y trabajo por un lote de tierra. Luego, hicieron sus viviendas recogiendo boñiga y amasanado barro entre nubes de mosquitos que invadían esta área fangosa.

Por esa época, muchos campesinos abandonaron las áreas rurales atraídos por la prosperidad económica de Medellín, ciudad que durante los años 30 se había transformado en un importante centro industrial y comercial. Medellín era el eje de una vibrante actividad industrial y comercial, y epicentro de la actividad económica del occidente colombiano y de la región cafetera. Aunque marcado por el crecimiento económico y la prosperidad, el espíritu de la ciudad era más el de un pueblo rural aislado (Archila, 1991). Un factor que contribuía a este aislamiento era su particular geografía, rodeada por montañas y selva subtropical. Debido al crecimiento económico y demográfico de la ciudad, los administradores de la misma se

⁵ En Colombia, la figura del *guapo* encuadró sus orígenes rurales en las minas y más tarde en los barrios pobres de la ciudad. Son descritos por Reyes como agresivos y malos, hombres orgullosos de su habilidad para reír todo, arrancando sus vidas en peleas suicidas con cuchillos, navajas y machetes, que utilizan como espada en un tipo original y complejo de esgrima (Reyes, 1996). Luego, en las ciudades, este actividad se reforzó con el ambiente musical del tango, músico que "interpreta el desarraigo y la soledad de la ciudad" (Villa, 1991).

esforzaron por superar las barreras geográficas que separaban la región del resto del país. Esto se hizo posible en los años veinte, con el establecimiento de rutas de tren y la iniciación de las obras de la carretera al mar.

El trabajo, la fuerza obrera, los valores familiares, la religiosidad y la creencia en la superioridad del antioqueño fueron los valores con los cuales las élites regionales jalónaron la cultura paisa (Reyes, 1996; Uribe 1990). Estos valores se expresaron en el pragmatismo del que se ufanan los *paisas*, el cual se concreta en la iniciativa, la honestidad, la habilidad para hacer negocios y para pensar en maneras eficaces de obtener dinero, "no sólo para suplir sus necesidades y alcanzar sus ambiciones, sino para conseguir la satisfacción social plena" (Arango, 1988: 18). El valor del trabajo manual y del esfuerzo individual se adoptaron dentro de la cultura popular combinados con la devoción por la religión católica y la familia, como instituciones sociales clave para la regulación de la vida social. La fuerza de la cultura regional estaba arraigada en el mito de la pureza racial blanca de la *raza antioqueña*. En los años treinta, la supuesta homogeneidad de la cultura antioqueña se esfumaba por la presencia significativa de negros inmigrantes de la región de Urabá y por la mezcla étnica generalizada que se venía dando desde la colonia. Sin embargo, la élite blanca continuaba rechazando sus raíces mixtas y se encargaba, en cambio, de promover el mito de su superioridad cultural negándose cabida a negros, indígenas y mestizos (Reyes, 1996).

Por ese entonces, el barrio Antioquia fue receptor de artesanos, familias de clase obrera e inmigrantes. Las crecientes olas de inmigración se hicieron visibles en Medellín, e impactaron su vida social y económica. En el espacio de dos décadas, la población de Medellín se duplicó y su área desarrollada aumentó en tamaño ocho veces (Reyes, 1996). Las condiciones de vida para las familias de clase obrera y los pobres se hicieron difíciles. Debido a la escasez de vivienda y al tamaño de las familias antioqueñas, las más numerosas en el país en ese momento, muchos de ellos tuvieron que vivir apilados en casas de una o dos alcobas (Archila, 1991). Los alojamientos de la clase clase obrera se desarrollaron en nuevos barrios, principalmente en la parte noreste de la ciudad. Entre tanto, "la tendencia de las élites era la de mantener la distancia, delimitar su territorio, no mezclarse y diferenciarse del resto de la población" (Reyes, 1996: 13). Una

mentalidad colectiva que estigmatizaba al pobre y al "diferente" se enraizó y empezó a materializarse en una marcada diferenciación geográfica y de clase, manifestada de manera clara en una división social del espacio urbano (Salazar et al., 1996). Por esos años, la industria textil se fortaleció e hizo surgir grandes conglomerados textileros. El barrio Antioquia no sólo alojó a algunos de los obreros de esta industria, sino que llegó a ser el centro de una industria tradicional de fabricación de ropa interior, Medias Cristal, en la que trabajaban muchas personas del barrio.

UNA GUERRA DE COLORES Y HORRORES

NUN Sacerdote sin cabeza merodeaba por la manca de la Palma. A comienzos de los años 1950, los habitantes del barrio Antioquia caminaban dentro y fuera del barrio a través de este campo, pero lo evitaban por la noche, cuando el temido sacerdote sin cabesa podía aparecer entre el sonido de las campanas. Sus miedos, sin embargo, no los generaba sólo el sacerdote-fantasma que vagaba por allí, sino los flácidos cuerpos que aparecían colgando de los árboles. Para entonces, en el barrio había más de mil moradas de artesanos pobres y de obreros, cuya afiliación política era principalmente liberal, y que con orgullo habían recibido la visita de Jorge Eliécer Gaitán, entre otros muchos líderes del partido. Sin embargo, fue la llegada de la familia Matías, compuesta por seis hermanos conservadores provenientes de Fredonia, la que trajo al barrio la inestabilidad, la violencia y la muerte que experimentaba el resto del país por esos años.

Eran los años de la Violencia y don Arturo recordó que en una tarde de domingo, una mujer joven vestida de rojo estaba en su sala recibiendo la visita de su novio. El color rojo de su traje fue razón suficiente para que alguien entrara en su sala y la desnudara. Otro día, un hombre fue asesinado por limpiar su automóvil con un trapo rojo. Los señaladores, aquellos que reportaban quién era un liberal, y los aplanchadores, aquellos que linchaban a los liberales a planazos, vagaban por las calles del barrio Antioquia como los pajaros. El miedo hacia que los habitantes del barrio permanecieran en sus casas o se retiraran a ellas cuando veían por la calle a algún miembro de la familia de

Matías. Allí, la Violencia tuvo algunas de sus más demenciales manifestaciones, en simbologías sanguinarias de muerte y tortura, y en una guerra de colores y horrores. Las reacciones violentas a la vista de los colores rojo o azul llevaron a convertirse en parte de lo que Arturo Alape denominó *la escritura del terror*. Una señal, un color, un artefacto era suficiente para provocar la tortura de los cuerpos de las víctimas y organizar una escena de terror que iría dejando una profunda y dolorosa huella en la memoria de los colombianos (Sánchez, 1992).

Fabiola y Ofelia tenían diez años cuando aprendieron que los Matías, armados con machetes, venían a atacar su casa. Los miembros de su familia se ayudaron unos a otros para trepar una tapia y escapar de su casa a través de un solar vecino. En otra ocasión, las dos muchachas estuvieron despertas toda la noche, golpeando y advirtiendo a los vecinos que estuvieran listos porque "la chusma ya venía". Sin embargo, sin que nadie lo hubiera previsto, la situación cambió drásticamente con el decreto 57 de 1951, que declaró el barrio como zona de tolerancia de Medellín. El enfrentamiento y el terror entre vecinos cesó. Al decir de Fabiola "el decreto sacó la Violencia del barrio".

LUCES ROJAS EN EL BARRIO: LOS AÑOS DE TOLERANCIA

A MAYORÍA NO RECORDÓ EL NOMBRE DEL ALCALDE, AUNQUE SÍ RECORÓ exactamente el número del decreto municipal y el año: decreto 57 del 22 de septiembre de 1951. Para don Luis, este decreto es la raíz de violencia colombiana, una violencia que, según sostiene, fue creada por el Estado. Para doña Amparo, el decreto marcó el momento en el cual el barrio empezó a pudrirse, y para doña Débora, la violencia que el barrio vive hoy es el legado de la violencia que vivió bajo decreto 57. El barrio Antioquia, pobre y distante del centro de la ciudad y con una sola entrada, fue el sitio escogido por el alcalde, con el apoyo de las élites locales y el obispo de la ciudad, para mantener a los *indeseadables* –prostitutas, homosexuales, drogadictos y alcohólicos, ladrones, negros e inmigrantes pobres recién llegados– aislados del resto de la ciudad (Salazar, 1996). La tónica moralista de esta resolución ilustra el tipo de planificación urbana y de

estrategias de industrialización patrocinadas por la élite antioqueña. Esta se fundaba en normas católicas ambiguas de conducta sexual y moral, en el control sobre el tiempo libre de la clase obrera y en la regulación del espacio de la ciudad (Jaramillo, 1994)⁶. Después de que el decreto fue divulgado, Fabiola y Ofelia no se asomaron más a través de sus ventanas para ver si los hermanos Matías venían por ahí, sino para observar lo que el decreto, en su primer día de declarado, había traído al barrio.

Camiones repletos de prostitutas de toda la ciudad llegaron día tras día. La mayoría de las trabajadoras sexuales fueron recogidas en Guayaquil, otra “ciudad dentro de la ciudad”, ubicada en el corazón de Medellín: un centro de actividad comercial, pero también un lugar de valores morales decadentes donde día y noche la calle se inunda con los sonidos y las voces que salen de los bares y de los múltiples sitios de diversión. Para ese entonces, el barrio Antioquia se convirtió en el único lugar en la ciudad donde los bares podrían permanecer abiertos las veinticuatro horas del día. El primer día del decreto, treinta casas del barrio se transformaron en prostíbulos cuarenta días después, había doscientos quince (Cano, 1987). Se esperaba que los residentes del barrio vendieran sus propiedades o dejaran sus arrriendos y se trasladaran a alguna otra parte de la ciudad. Muchos salieron, pero muchos otros decidieron permanecer y luchar. Organizaron reuniones, realizaron marchas y protestas, en las que las mujeres desfilaron de luto y cargando una estatua de la virgen. El periódico *El Colombiano*, el sacerdote del barrio y algunos políticos los apoyaron. Durante meses, el barrio Antioquia apareció en los titulares de los periódicos locales. Sin embargo, la vida nunca fue igual para aquellos que se quedaron. Las escuelas cerraron y se volvieron centros profilácticos para las trabajadoras sexuales. Los niños tuvieron que recorrer largas distancias para asistir a la escuela o ir a un internado. El tiempo para jugar fuera de casa y permanecer en la calle se volvió estricto, nunca después de las cinco de la tarde.

6. La principal industria de la región era la textilera, en la cual el fuerzo de trabajo estaba conformada por mujeres jóvenes en su gran mayoría. Los elites locales sostienen que lo alta productividad podía ser alcanzada por medio de una disciplina paternalista derivado de una interpretación local de la moral católica. De este modo, la pureza y la virginidad se convirtieron en un prerequisito explícito para conseguir trabajo. Los mujeres casadas, las madres solteras, y las mujeres de «baja moral» no podían ser empleadas en las fábricas (Farnsworth-Avear, 1994). Otro elemento importante en el disciplinamiento de la clase obrera fue el control sobre su tiempo libre, el cual se centró, particularmente, alrededor de la frecuencia con que los trabajadores visitaban el área de Guayaquil, para beber y deportar entre amigos (Jaramillo, 1994).

En cambio, tuvieron que observar desde sus ventanas los caíros, los borrachos, las peleas y las luces rojas que habían invadido el barrio.

Entre tanto, como si lidiar con una guerra civil interna no fuera suficiente, un batallón del ejército colombiano se unió a los aliados para luchar en la guerra de Corea. Los colombianos aprendieron sobre la guerra civil prolongada y sobre la amenaza del comunismo en la distante Corea. Como resultado, el barrio Antioquia fue apodado Corea porque “todo tenía que ver con enfrentamiento” y porque el mismo encapsulaba una amenaza que, al igual que el comunismo, desafiaba las bases morales de la sociedad dominante. Dos años después, cuando la mayoría de negocios y prostitutas habían salido, la presión política y social influyó en la terminación del decreto, pero el barrio y la ciudad continuaron cargando con su legado en la medida en que la delincuencia y la economía subterránea permanecieron en el barrio y en la ciudad. En lugar de segregar la prostitución a la periferia, el decreto oficial tuvo el efecto de anexar el barrio a otra zona de prostitución y causar el deterioro de las existentes (Jaramillo, 1994). Por esos años, el estigma del barrio Antioquia como lugar peligroso de «hampones y desechables penetró la mentalidad colectiva de los residentes de Medellín y del país. Este estigma lo mantuvieron vigente los rumores y los medio de comunicación.

Cuando la mayoría de los nuevos bares y burdeles cerró, muchos de aquellos que habían venido con el decreto decidieron hacer del barrio su casa permanente. Entre ellos, un grupo grande de familias y mujeres negras provenientes de la región del Urabá antioqueño. Trabajaban como empleadas domésticas internas durante la semana, y venían al barrio los fines de semana para disfrutar de las fiestas de negros que se celebraban en distintos lugares del mismo. Otro legado de “los años de tolerancia”, como algunas de las personas del barrio denominan este periodo, fue la introducción de la venta de droga en el barrio. El barrio Antioquia se volvió la plaza de mercado de la ciudad, el proveedor central de drogas psicoactivas para el área municipal de la ciudad de Medellín.

LENGUAJES DE ENCUBRIMIENTO

OS CAMAJANES LLEVABAN CAMISAS DE COLORES, HOLGADOS pantalones verde, púrpura o rojos de “rodillas de 18 y botas de 70 centímetros de anchas”, largos llaveros de cadena que colgaban de sus cinturas hasta sus rodillas, subiendo luego por los bolsillos traseros de sus pantalones. Fumaban marihuana públicamente, admiraban a cantantes cubanos como Celia Cruz, Daniel Santos y a la Sonora Matancera y se sabían las letras de los tangos y muchas fórmulas lunfardas fuera de uso. Estos eran los *camajanes*, un grupo de hombres jóvenes que durante los años cincuenta y sesenta desarrollaron un particular estilo masculino en Medellín, caracterizado “por su extravagante manera de vestir, su jerga y sus formas de comunicación” (Filipo, 1983, citado por Villa, 1991). Los *camajanes* se veían a menudo en los bares *Medellín* y *El Balísko* del barrio Antioquia, o en sus casas escuchando música, fumando marihuana y hablando en un idioma peculiar que mezclaba letras de tango y palabras en inglés, rico en metáforas, transformaciones lexicales y recursos eufemísticos (Villa, 1991).

Los *camajanes* trabajaron su estilo como una respuesta cultural contra la exclusión, apoyados en un código lingüístico que les

permitía una comunicación encubierta a partir del uso de señales, gestos y palabras sin sentido o incoherentes para otros (Villa, 1991). Los *camajanes* se criaron en medio de las letras de tango y de la cultura subterránea de clase baja en un barrio marginado que transpiraba estos ritmos. La incorporación de palabras del inglés se dió a través de un proceso de familiarización con la cultura norteamericana nutrita por el creciente número de personas del barrio que viajaban a Estados Unidos. Para los años 1970, el estilo del *camoján* se había marchitado, pero muchos de sus recursos comunicativos y construcciones lingüísticas fueron recreados y transformados en nuevos estilos como el de los hippies y, más tarde, el de los *troquetos*, que viajaban a Estados Unidos con el fin de hacer contactos para el tráfico de cocaína.

El establecimiento del barrio Antioquia como mercado de la droga de Medellín se fortaleció en los años 1960, con el aumento del consumo de marihuana y el desarrollo de nuevas expresiones culturales de influencia principalmente norteamericana entre la juventud local y nacional de diferentes clases sociales.

Durante esos años, la región antioqueña se había convertido en la región de mayor expulsión de campesinos de sus áreas rurales (Oquist, 1980). Al tiempo que se daba un retroceso económico de la próspera industria antioqueña debido al fracaso del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, Medellín experimentaba grandes transformaciones físicas, demográficas y culturales. En la transición de los sesenta a los setenta, 50% del total de nuevos habitantes de Medellín se estableció en predios ilegales extendidos en las faldas de sus montañas, pues debido a sus condiciones geográficas la ciudad había agotado su capacidad física para extenderse. En consecuencia, los nuevos barrios que se formaron se ubicaron en áreas de alto riesgo, carentes de servicios públicos básicos. La crisis de estos años no se remitía simplemente a la economía tradicional y al desempleo, también fue una crisis urbana, pues la ciudad había aumentado su población más de tres veces en menos de dos décadas. Mientras los nuevos habitantes de la ciudad no tenían más alternativa que recurrir a soluciones ilegales para acceder a una vivienda, las autoridades de la ciudad se mostraban incapaces de intervenir en este proceso. Lentamente fueron cambiando los límites del perímetro urbano para incluir los nuevos asentamientos y así atender las necesidades básicas de agua, electricidad y educación para los niños.

La subversión de valores subyacente a la cultura de los *camajanes* se hizo más visible al coincidir con un evento que marcaría un cambio profundo en la moral conservadora, dominada tradicionalmente por la élite gobernante católica. La organización del festival de Ancón en 1971, una versión local del festival de *Woodstock*, atrajo a decenas de miles de personas jóvenes de todo el país al parque Ancón ubicado cerca de Medellín. Durante tres días, los jóvenes consumieron marihuana y otras drogas psicoactivas desafiando algunos de los valores sociales dominantes y la doble moral de la cultura hegemónica relativa al sexo, la religión y la ética. Para la juventud que asistió al festival, la marihuana era un descubrimiento reciente que les permitía estar a la moda. Para los habitantes del barrio Antioquia, por el contrario, el consumo de marihuana tenía antecedentes desde los años cuarenta y cincuenta. Los vecinos del barrio que asistieron al festival de Ancón no lo hicieron para bailar, cantar o fumar marihuana, sino para aprovechar la oportunidad de vender la *hierba* abiertamente.

Regionalmente, la intervención de Estados Unidos en los asuntos nacionales se sentía con fuerza durante estos años. El miedo de otras *revoluciones cubanas* hizo que se fortaleciera una mentalidad de guerra fría, la cual, junto con el pensamiento desarrollista dominaban la agenda política, social y cultural de los estadounidenses en América latina. Como parte de su estrategia *social*, Estados Unidos se comprometieron con la Alianza para el Progreso, programa que promovía la vivienda de interés social, la difusión de nuevas tecnologías y el desarrollo comunitario a través de los *Cuerpos de Paz* enviados a áreas pobres y aisladas. En Medellín, el sitio escogido por este grupo de voluntarios fue el barrio Antioquia. Allí, como en el resto del país, su presencia generó reacciones enfrentadas. Algunos dieron la bienvenida a los programas de vivienda, al control sanitario y de enfermedades y a la organización de eventos deportivos y campañas de salud que se realizaron en el barrio; otros, levantaron sospechas sobre su verdadera misión y vieron en su presencia "la infiltración secreta de organismos antidroga como la DEA y la CIA" (Don Ruman). Arango y Child (1984), en su trabajo sobre el narcotráfico en Colombia, también cuestionan las motivaciones de los *Cuerpos de Paz*, y sostienen que su presencia promovió la expansión del consumo de marihuana en varias áreas del país, facilitó el establecimiento de contactos entre los traficantes de droga estadounidenses y los locales, y les permitió a los locales conocer nuevas formas de utilizar y refinar cocaína. Total, fueron estos los estos años en que se consolidaron los nexos entre personas del barrio con la economía local de la droga y el tráfico con Estados Unidos.

LA BLANCA

EN EL BARRIO, LOS MEJÍA, UNA FAMILIA DE CINCO HERMANOS, SE RECUERDAN como los pioneros del negocio y de los cruces con los Estados Unidos. Crecieron en el barrio siendo muy pobres y se hicieron muy ricos, pero nunca olvidaron sus orígenes. Su negocio con la *blanca* —la cocaína— floreció después de unos cuantos viajes a Estados Unidos. Tras su regreso al barrio, eran vistos a menudo conduciendo lujosos autos y luciendo espectaculares y costosos atuendos. Se mudaron a El Poblado, un barrio tradicional

de clase alta que sufrió un cambio profundo durante los años setenta y ochenta, cuando se convirtió en la residencia de muchos narcotraficantes. No obstante, la lealtad de los Mejía para con su barrio permaneció intacta; eran vistos con frecuencia a la entrada del bar *El Baliska* en sus negocios, bebiendo y ayudando a cualquiera que lo necesitara. Consecuentes con su condición de *camojanes y maleros*, combinaron su habilidad para asumir riesgos, pelear y evadir a las autoridades con un espíritu pionero, afincado en la defensa de los pobres como deben fundamental (Jaramillo, 1994). Sebastián, mi asistente de investigación, recuerda que ellos eran famosos en el barrio debido a su altruismo y sentido humanitario para con los vecinos, lo que a su vez les garantizaba respeto. La tradición para el año nuevo, era recolectar dinero, comprar un cerdo para la cuadra, matarlo y asarlo en una fogata en medio de la calle mientras la gente tomaba y bailaba. Los Mejía proveían los marranos para aquellos en situación difícil. Doña Ruth recuerda que los Mejía entraron en el negocio de la droga a través de los temidos Matías —los hermanos conservadores—, quienes detentaban las conexiones políticas y el conocimiento de la burocracia gubernamental para establecer relaciones y nexos con los carteles de la droga de Estados Unidos. Los vínculos familiares y de barrio les permitieron a muchos capos locales y nacionales establecerse.

En los setenta y ochenta, el barrio se constituyó en un dominio importante para la actividad comunitaria y la construcción de redes sociales de comunicación, solidaridad, autoayuda e intercambio (Riaño, Y., 1996). El sentido de comunidad se desarrolló entre las masas de pobres urbanos que no podían encontrar lazos significativos o inclusivos con una ciudad que continuaba excluyéndolos (Riaño Y., 1998, 1998a; Riaño, P., 1990). Los capos locales se sirvieron precisamente de estas redes sociales informales, construidas a partir de unidades como la cuadra, la familia extendida o el grupo de amigos de infancia para configurar su redes laborales y de apoyo. A mediados de los setenta, la industria de la cocaína estaba en auge y algunos colombianos ya se habían establecido en Miami y en el barrio *Queens* de Nueva York.

Tanto local como nacionalmente, estos años atestiguaron la difusión de teorías marxistas entre los movimientos sociales obreros y estudiantiles y la consolidación de grupos base y de activistas de izquierda en los barrios. Aunque muchos barrios

de las comunas⁷ de Medellín se involucraron en la militancia de izquierda y recibieron la influencia de la teología de la liberación, el barrio Antioquia nunca se vio afectado por las mismas. Las organizaciones de izquierda, en una actitud paradójica similar a la de la élite antioqueña, evadieron este tipo de lugares asociados con el bajo mundo o el *lumpen*, por considerarlos incapaces de desarrollar una conciencia de clase.

A finales de los años 1970, en Medellín el desempleo aumentaba a un ritmo más rápido que en el resto del país. Treinta industrias textiles regionales entraron en concordato, preparando el terreno para la emergencia de una economía de la droga basada en el tráfico de cocaína (Salazar y Jaramillo, 1994). Esta se incrustaría luego en la tradición de contrabando regional que tenía origen en las actividades mineras y de comercialización de oro en el siglo diecinueve, y que continúa hasta hoy a través del contrabando de cigarrillos, licores y aparatos de sonido traidos de Estados Unidos y Panamá (Betancourt y García, 1994).

La proximidad del barrio Antioquia con el aeropuerto de la ciudad fue estratégica para el contrabando y el tráfico de droga. Doña Debora, la rectora de una de las escuelas, no podía creer lo que veían sus ojos cuando observó el camión del ejército lleno con la marihuana prensada que había sido encontrada en su patio escolar. No estaba segura de cómo la marihuana había llegado allí, pero circulaban rumores de que alguien la había tirado desde un avión debido a la inminencia de una requisa.

VIAJEROS A LOS "USA"

GRISELDA BLANCO, AMIGA DE LOS MEJÍA Y PROSTITUTA EN SUS AÑOS MOZOS, viajó a Estados Unidos al igual que muchos atracadores del barrio para comenzar de nuevo en el norte. Griselda se estableció en *Queens* y después se trasladó a Miami. En 1979, era considerada la traficante de cocaína más famosa en Estados Unidos. Conocida bajo seudónimos tales como *La Madrina*, *La Viuda Negra* o *La Reina de la Coca*, encabezó una sólida organización para el tráfico de coca (Gugliotta y Leen, 1989). El éxito

de ésta residía en que había logrado hacerla operar como una familia, en la cual viudas y mujeres constituyan una red que viajaba de Colombia a Estados Unidos llevando la droga entre sus prendas de ropa interior. Fue esta la época del auge de las *musas*. En el barrio, muchos afirmaron que había por lo menos una mula en cada calle; otros van más allá, y afirman convencidos que a partir de esos años "casi la mitad del barrio" visitó los Estados Unidos.

Doña Amparo, Fabiola, Ofelia y doña Ruth, todas abuelas hoy en día, se formaron con Griselda. Todas recuerdan cómo se les presentó semejante oportunidad. En palabras de la primera de ellas:

buscaban sus mulas para que les hicieran tal viajecito y se ganaban tanta plata, y el que quería se quedaba por allá. Era fácil porque nadie los requisaba y mucha gente se fue. Yo no lo hice porque mi 'amá no me dejó o sino lo hubiera hecho y tendría un poco de plata. Aún después de casados me volvieron y me dieron, a uno le decían, 'Vea váyase y le pagamos tanto por un viaje'. La gente se iba. Aquí vino un señor y me dijo: 'Yo se que ustedes están muy mal, váyase', estuve tentada a irme.

Sin embargo, no eran sólo los vivos los que regresaban de los "USA". Durante los años 1970, la gente del barrio Antioquia se asomaba a las puertas de las casas esperando ver los cuerpos de quienes eran traídos en sus ataúdes. Comenzó entonces "la tradición de traer a los muertos de regreso". Gabriela, la primera muerta en ser devuelta, vestía un traje color marfil con finos y costosos encajes hechos a mano, que hacían juego con unos zapatos forrados en seda del mismo color. Mujeres, hombres y niños se reunieron su alrededor para admirar su belleza y la sumptuosidad de su vestido y su ataúd. *Pestanas*, el segundo o tercer marido de Griselda Blanco, fue el segundo, y después de él muchos más le siguieron, sobre todo durante el tiempo de las *guerras de la cocaína* en Estados Unidos (1970-1982) y a medida que el tráfico de mulas aumentaba.

El impacto del narcotráfico en la cultura regional comenzó a hacerse visible en toda la ciudad. Un ostentoso consumismo alimentado por el contacto con la cultura gringa intensificó el deseo por accesorios de oro en el atuendo, los automóviles nuevos y el dinero en efectivo. Sin embargo, dentro de la estructura

organizativa de la mafia local, profundamente arraigada en la cultura antioqueña y en el flujo de dinero, la vivencia cotidiana promovió un retorno a los viejos valores rurales y a conductas tradicionales que se estaban extinguiendo. Las propiedades en áreas rurales, el culto a la virgen María, la pasión por los caballos y el valor de la palabra hablada fueron algunas de las manifestaciones que resurgían (Arango, 1988). En el barrio, aquellos que tuvieron éxito en los "USA" remodelaron sus casas, añadiéndoles más pisos, instalando ventanas y rejas y puertas de aluminio, decorando las fachadas con piedras preciosas y mármol, pintando sus paredes y mobiliario de colores pasteles e instalando columnas y fuentes. Equipos de sonido gigantescos, convertidos más tarde en los amplificadores del barrio, y ornamentos bañados con oro se volvieron los objetos decorativos centrales. Aquellos que se fueron a vivir a El Poblado, los patrones, también reformaron sus residencias, para lo cual expandieron el mercado de muebles y antigüedades, tradicionalmente al servicio de una reducida clientela.

UNA IMAGEN PROBLEMÁTICA DE LA JUVENTUD

FERGÉSTIÁN RECUERDA A SALOMÉ COMO UNA GUERRERA, "UNA VERDADERA mujer guerrera, una mujer de tres pelotas". En los sesenta, mientras crecía, Salomé se convirtió en una apartamentera reconocida y respetada en el barrio. Ella era uno de los miembros de una banda de apartamenteros experimentados llamada *El Secreta*. La banda era uno de los nueve grupos de apartamenteros activos en el barrio hacia finales de los setenta y comienzos de los ochenta. Sus miembros profesaron una ética de respeto hacia el barrio, e hicieron sus negocios fuera de éste. El barrio era el lugar donde habían crecido juntos y el que les ofrecía los referentes de su sentido de pertenencia. Por tanto, existía una acuerdo tácito de mantener sus actividades delincuenciales fuera de los límites del mismo y de nunca tomar a un vecino como su blanco. Cuando el número de bandas aumentó y sus actividades atraíeron a la policía, los vecinos del barrio Antioquia atestiguaron, desde las terrazas y ventanas de las casas ubicadas en el *Callejón del Oeste* y en otros pasadizos, los movimientos de los apartamenteros de una acera a otra, o de tejado en tejado.

Continuando con la tradición de generaciones anteriores, los apartamenteros vagabundean en los bares y en las calles. Como los demás pobladores del barrio, se involucraban activamente en las fiestas, celebraciones de fin de semana o celebraciones especiales que desde los años 1940 reunían al barrio en los bares, las calles y las heladerías. Marta, Marcela y *La Flaca*, adolescentes en los ochenta, estaban de fiesta en un lugar conocido como *La Virgencita* cuando, de repente, se desató una lucha entre ellas y tres jóvenes mujeres, novias de *El Tata* y *El Secre*. Después de demostrar su *verraquería* para la pelea, Marta y sus amigas fueron invitadas por los muchachos a unirse a sus bandas. Con los apartamenteros, ellas desarrollaron las destrezas de observación y comunicación necesarias para distraer a los residentes de las casas y llevar a cabo la *limpieza*. Debido a que los apartamenteros comenzaron a tener conflictos cada vez más profundos entre sí y con las bandas de otros barrios, y a que las oportunidades de trabajo que ofrecía la economía de la droga aumentaban día a día, las muchachas aceptaron la invitación para viajar a Estados Unidos. Diana, mi asistente de investigación, recuerda lo que sucedió entonces: "Se calentaron y como eran muy verracas por todo lo que habían vivido [les ofrecieron] que si querían que las mandaban *empaquetaditas* y que allá ellas se defendían como pudieran".

Por entonces, las guerras de apartamenteros habían empezado y los tiroteos, persecuciones y matanzas de venganza se hicieron comunes. Luz Elena, quien había llegado al barrio con su hijo y su papá en 1975, rememoró muchos de estos eventos en los talleres del recuerdo. "Al *Monus*, un apartamentero al que muchos querían matar pero habían sido incapaces debido a su rapidez y habilidad con las armas, lo mataron por la espalda". Diana recordaba que en un fin de semana la guerra entre *Marion* y *La Tata*, había dejado tirados once muertos a bala.

Por los años 1980, los narcotraficantes de Medellín se encontraban pujantes y bien establecidos. Muy pronto, sin embargo, necesitaron el apoyo de redes informales locales para mantener y ampliar sus negocios. El barrio, como unidad sociocultural y núcleo vivo de relaciones de vecindad, amistad y parentesco, se convirtió en el recurso ideal para la conformación de una red de apoyo que encajó perfectamente dentro de la compleja estructura de la economía de droga. Mucha gente joven, duramente golpeada por el desempleo, se unió al cartel de la droga, el cual

supo aprovechar su organización informal en galladas, así como los fuertes lazos entre jóvenes y vecinos de la misma cuadra. Este hecho coincidió con un cambio generacional y, desde entonces, la violencia en Colombia se ha venido asociando con la juventud⁸.

Para la juventud marginada, la participación en la economía de la droga representó una oportunidad única para conseguir movilidad social y económica. Bandas de jóvenes y actividades delictivas se convirtieron en una opción atractiva que les ofrecía dinero y prestigio. Hay informes que señalan que en un periodo de menos de cinco años (1985-1990), existían no menos de ciento cincuenta bandas de barrio en todo Medellín, 30% de las cuales tenía lazos directos con el cartel (Salazar y Jaramillo, 1994)⁹. El negocio de la cocaína había activado de nuevo la vinculación de los jóvenes con actividades delictivas, esta vez principalmente como sicarios contratados por el narcotráfico. La repuesta de muchos jóvenes, sin embargo, fue más allá. Muchas bandas, carentes de contactos o del *profesionalismo* requerido para vincularse con los carteles de la droga, encamaron su actividad delictiva hacia el secuestro, el robo de automóviles, al asalto a instituciones comerciales, o a ofrecer a cualquiera sus servicios como *asesinos*.

Por toda la ciudad, en vecindarios pobres y de clase media y alta, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se unieron a las redes del narcotráfico y siguieron las directrices de sus jefes, quienes mostraban orgulloso su origen humilde. La leyenda sobre el origen de Pablo Escobar, quien había crecido en un sector pobre de Envigado, un municipio a media hora del barrio Antioquia, se extendió por la ciudad, el país y el mundo. *Don Pablo*, como los Mejía, nunca se olvidó de sus orígenes y de la lealtad con su

gente. Con generosidad, había brindado dinero para la construcción de proyectos de vivienda social y facilidades deportivas para la gente que, hasta el día de hoy lo recuerdan y veneran. *La Quica*, *Popeye* y *La Chirusa*, algunos de los lugartenientes de *Don Pablo*, visitaban a menudo el barrio Antioquia para hacer negocios, intercambios sociales y, eventualmente, contratar a algún *pelao* para que ejecutara uno de sus mandados o finiquitara algún negocio.

A mediados de los años 1980, los habitantes del barrio Antioquia diferenciaban claramente entre las bandas de apartamentos y aquellas de más *alto vuelo*, como la de *El Coco* y *El Baliska*, que tenían eslabones con las oficinas del cartel de la droga. El cartel organizado necesitaba *limpieza*, por lo cual los delitos menores, el consumo excesivo de droga o las actividades de bajo perfil, tales como mendigar, se consideraban interferencias para sus actividades. Los *pelao*s que querían unirseles debían demostrar su *seriedad* no comprometiéndose con ese tipo de delitos y manteniendo el control sobre el consumo de la droga. Bandas como la de *Los Chinos*, en el barrio Antioquia, eran despreciadas pues se las consideraba como grupos de pequeños bandidos y ladronezuelos, que por tal motivo se convirtieron luego en el blanco de las empresas de *limpieza social*.

Abrumada por los sueños de riqueza, el simbolismo de las armas de fuego, los ritmos de una vida *acelerada* y un consumismo conspícuo, la juventud del barrio Antioquia, como la mayoría de los jóvenes en toda la ciudad, hicieron de la matanza, la violencia y el control territorial una actividad cotidiana. Al tiempo que muchos jóvenes se volvían sicarios o se involucraban en actividades similares, la violencia y la muerte se convertían en marcas izquierda como de derecha, de jueces, de ministros y de activistas políticos proliferaron en el país y con ellos la imagen del sicario, asociada con la de un hombre joven. Esta imagen del varón joven, desposeído de afinidades ideológicas y pagado por manos privadas para eliminar a alguien, se utilizó ampliamente para ilustrar el cambio que estaba ocurriendo en el país. La justicia privada y la venganza se aceptaron y se legitimaron como medios para tratar los conflictos a cualquier nivel de la sociedad, mientras la falta de credibilidad en la justicia estatal formal se hacía extrema. El sicario se convirtió en una institución manejada por las leyes de la oferta y la demanda, utilizada no sólo por los carteles de la

8. Carlos Mario Ortiz (1991), considera que este cambio en la figura del tipico sujeto violento hacia alguien con cara joven, tiene sus orígenes en dos tipos de organizaciones. La primera asociada con el tipo de organización de la guerrilla, la cual utiliza la violencia con propósitos políticos o revolucionarios, y la segunda, asociada con las organizaciones del narcotráfico que reclutan jóvenes. Lo juvenil encuentra muy atractivos ambos tipos de organizaciones, por la oportunidad que le ofrecen de aprender a utilizar armas de fuego y de recibir entrenamiento militar (en el caso de la guerrilla)– Y por la posibilidad de obtener dinero y acceder a un cambio en su estatus económico.

9. Estas bandos no estaban distribuidas de manera pareja. En la zona nororiental, una de las más pobres y más polidas de Medellín, había ochoenta y siete bandas. En la suroccidental, donde se localiza el barrio Antioquia, había sólo seis registradas por la policía y el ejército. El bajo número de bandas en esta zona se corresponde con el poblamiento mezclado de los barrios de la misma, en los cuales es posible encontrar áreas residenciales, industriales y especialmente de clase media. El número real de bandas era probablemente mayor, sino que muchas nunca fueron registradas (Salazar y Jaramillo, 1994).

droga sino por gentes de negocios que temían al secuestro, gánderos que enfrentaban riesgos económicos, políticos amenazados y militares activos. Estos grupos fueron los agentes intelectuales que mantuvieron abierto el mercado de trabajo para aquellos jóvenes capaces de demostrar su *professionalismo* y *pre-cisión* en sus actividades (Ortiz, 1991)¹⁰.

A comienzos de la década de 1990, lo que sucedía con las bandas de jóvenes en el barrio Antioquia no era muy diferente de lo que pasaba en los barrios de las comunas Nororiental y Centro-oriental o en los barrios vecinos como el

Santa Fe y la municipalidad de Envigado. Los estereotipos y la estigmatización de la juventud se enraizaban al aumento de su vinculación en actividades violentas. En los imaginarios nacional y regional, la comuna Nororiental se convirtió en un *nido de sicarios*, y la imagen de los jóvenes se equiparó con el comportamiento violento. Para la juventud del barrio Antioquia, experimentar la estigmatización y exclusión por el hecho de ser residentes del barrio no fue algo nuevo; lo nuevo era que la atención se concentraba ahora en su generación. Los efectos de esta nueva estigmatización se sintieron en la baja oferta de trabajo y oportunidades educativas, y en una actitud negativa generalizada hacia la juventud. Ahora bien, la experiencia de ser estereotipados y excluidos funcionó como un bumerang, contribuyendo aún más a generalizar la violencia entre los jóvenes (Ortiz 1991).

En la carrera por el dinero y el reconocimiento, las estadísticas de las muertes y los perfiles de las víctimas cambiaron drásticamente tanto local como nacionalmente. Las víctimas de homicidio eran ahora más que todo hombres, principalmente jóvenes. Según las estadísticas, 90% de las víctimas de homicidio eran hombres y de estas 85% entre los trece y treinta y ocho años de edad. En ciudades como Cali, Bogotá y Barranquilla, la tendencia de las muertes violentas siguió el mismo patrón, con un aumento sustancial en la proporción de muertes ocasionadas por armas de fuego y concentración de las víctimas en un grupo

etáreo particular (Camacho y Guzmán, 1990). Hacia 1985, el homicidio llegó a ser la principal causa de muerte en el país, una tendencia que hasta hoy permanece. Colombia se transformó en uno de los países más violentos del mundo, alcanzando un promedio anual de setenta y siete homicidios por cada cien mil personas. En 1991, la ciudad de Medellín mostraba un cuadro más yermo, pues alcanzaba una proporción de 381 homicidios por cada cien mil personas (Región, 1999).

CALLES CONGESTIONADAS

DURANTE LOS OCIENTA, LAS CALLES DEL BARRIO ANTIOQUIA ERAN EN EL centro de la vida. Personajes callejeros como el *loco Azula*, recorrian todo el barrio recolectando desperdicios de comida. Alicia la *galletera*, vestida con trajes de colores vistosos y adornada en manos, cuello y orejas con su joyería de fantasía, vendía sus galletas en las calles seguida por niños que se divertían corriendo alrededor suyo. Los niños podían ser vistos en las pistas de aterrizaje del aeropuerto, tirándole piedras a los aviones que partían, buscando sobrados de comida de avión en las canecas, elevando cometas o corriendo a toda velocidad mientras el carro de mudanzas del aeropuerto intentaba alejarse de las pistas. Por la noche, un caballo con jinete sin cabeza arrastraba un juego de cadenas pesadas y su fantasmal trote se escuchaba dentro de las casas. En medio de los sonidos de vividas conversaciones, la música de salsa y el baile animaban la vida nocturna del barrio. Una mujer vestida con un traje blanco transparente, taladraba las calles con sus tacones altos hasta llegar al poste de la casa de doña Chinca y desaparecía justo a la medianoche. Los desfiles de la virgen Carmen, las procesiones de semana santa, el *Halloween* y las celebraciones de Navidad eran eventos colectivos que reunían a todos en las calles. *Chun*, el líder de la banda de Los Chunes, se paseaba atentamente por esas calles, mientras el rumor corría: si llevaba puesta una chaqueta negra habría *chulo fijo* [anunció la muerte].

Chun fue el último en morir en una familia de tres hermanos. El primero fue *Pina*, el más joven, y luego, *Pepón*, el del medio. Después de la muerte de su hermano menor, a *Chun* lo invadió el odio y la sed de venganza. A finales de 1989, *Los Chunes* se

unieron a otras bandas en un negocio nuevo y lucrativo patrocinado por el cartel: la matanza de policías. La muerte de los tres hermanos estuvo ligada a su participación en esta actividad. La gente del barrio recuerda a la pandilla de *Chun* como la primera que traspasó el principio ético que todas las demás habían respetado: que el barrio, sus celebraciones y sus personas se man tuvieran por fuera de su radio de acción. Con la presencia de *Los Chunies*, el barrio vivió algunas de las más patentes escenas de horror. Su actividad alternaba trabajos fuera y dentro del mismo, incluyendo atracos, robos, asesinatos e, incluso, la violación, utilizada como arma despiadada para amenazar a sus enemigos o arreglar cuentas pendientes.

Hasta 1980, el cartel de Medellín disfrutó de relativa libertad y tolerancia gracias a sus contactos y a su penetración directa en todos los sectores de la sociedad: el gobierno, la política, la iglesia, el entretenimiento, el ejército y la policía. Sin embargo, sus actos vengativos en contra de jueces, ministros y políticos, así como el asesinato de políticos de alto perfil, terminaron por desencadenar una enérgica reacción en su contra por parte del gobierno nacional y de las autoridades regionales. En agosto de 1980, el gobierno emprendió la ofensiva histórica más grande en contra del cartel de Medellín, que respondió con acciones terroristas: carro-bombas que destruyeron edificios y mataron centenares de personas, asesinatos de jueces, políticos, y secuestros.

En Antioquia, el Ejército lanzó una ofensiva contra las bandas de sicarios como una manera de debilitar la base social del cartel. Para este propósito legitimó todo tipo de acciones, ejecutadas principalmente por escuadrones de la muerte: desapariciones, torturas, matanzas, persecuciones colectivas. En junio de 1990, ya había ciento cincuenta jóvenes muertos en veinte matanzas diferentes. A su vez, el cartel reaccionó matando policías. En junio de 1990, ciento sesenta policías habían sido asesinados en la ciudad, y el número continuó aumentando (Revista *Semana*, 426, 1990). Las personas jóvenes del barrio Antioquia recuerdan 1991 y 1992 como los años de confrontación con la policía, aquellos en los cuales el CAI del barrio fue varias veces bombardeado. Acciones similares se sucedieron en otras partes de la ciudad y en las principales ciudades del país.

El gobierno y las fuerzas políticas admitieron, finalmente, que Medellín estaba en guerra. Sus habitantes recuerdan los primeros seis meses de 1990 como los peores de toda su historia.

Las bombas, las matanzas, los secuestros, y la inseguridad se extendieron por toda la ciudad. La situación de crisis fue mitigada por el gobierno nacional a través de la creación de la *Consejería Presidencial de Medellín*, cuya función fue asesorar al presidente en materia de conflicto, paz y planeación social específica para la ciudad, así como en la manera de captar financiación, nacional e internacional, para el desarrollo de obras de infraestructura para las áreas más pobres de la ciudad y para generar oportunidades económicas y de empleo para los jóvenes la misma (*El Espectador*, 2 de junio de 1991).

A nivel nacional, éstos también fueron años muy difíciles. Los colombianos eran testigos de la peor violencia terrorista conocida hasta entonces. El cartel de Medellín había creado un clima de terror generalizado a través del secuestro de políticos y periodistas, y la explosión de bombas en los aviones, edificios de apartamentos, centros comerciales y calles, con el fin de ejercer presión nacional contra la aprobación de la extradición. De manera paralela, sin embargo, la emergencia de un amplio movimiento democrático y participativo convocado para reformar la constitución nacional, mostró un notable contraste entre violencia y paz. En 1991, una asamblea constituyente con representación de diversos sectores políticos, dio origen a una nueva constitución. Esta declaró a Colombia un país pluriétnico y amplió la participación de la sociedad civil en los procesos de decisión política.

Muchos colombianos pensaron que lo peor de ésta violencia había terminado en 1993, cuando Pablo Escobar fue abatido y el gobierno comenzaba a tener éxito en sus acciones para destruir y debilitar la estructura de los carteles de Medellín y Cali. Pero al igual que con el decreto 547, en el barrio Antioquia las secuelas de este periodo tuvieron efectos nunca pensados. Cuando el trabajo con las oficinas del cartel se redujo, muchas de las bandas locales volvieron a sus territorios a buscar reconocimiento y dinero. El control de territorios en el barrio Antioquia, y en otras partes de la ciudad, se convirtió en un recurso importante para estos jóvenes. La época de la guerra entre los carteles y el gobierno había cesado temporalmente, pero el tiempo de las guerras locales había llegado¹¹.

II. Este resultado desafía nuestro uso de la historia local como una manera de esclarecer las historias regional y nacional, pues las conexiones están lejos de ser evidentes y, a veces, los eventos parecen resaltar consecuencias nunca esperadas. En este caso, el resultado fue el desencanto generalizado y la fragmentación de esta comunidad.

GUERRAS LOCALES

ASESINOS! ¡HERMANOS DE CAÍN! DEMENTES!! TERCOS!!” GRITABA enrojecido el padre Alejandro, durante los doscientos entierros que encabezó en la parroquia del barrio, entre 1992 y 1993.

[eran] seis bandas de muchachos que se dedicaban a matar, atracar, robar y a cometer los más estúpidos crímenes. Cundió en el barrio el fascismo del crimen, invadió toda la mentalidad de los jóvenes. Aquí mataban y en otras partes mataban, robaban y atracaban, eso fue creciendo hasta llegar a su punto culmen de violencia tremenda en el año 1992 y 93, miedoso, miedoso; donde hubo tanto muerto, más de doscientos jóvenes muertos en el barrio; aparecían a cada instante, a cada día, por la mañana y por la tarde. Estos muchachos integraron bandas que no se podían ver unas con otras, fue una lucha que creó muchos momentos de dolor, de violencia y puso muchos muertos en los cementerios [entrevista con el padre Alejandro].

El padre Alejandro recuerda que la mayoría de estos jóvenes tenían entre catorce y dieciocho años, “ninguno de cuarenta, y cuatro entre veintitrés y treinta”. Con la desaparición de *Los Chupaceros*, *El Chispero* y *La Cueva*. Continuaron activos en el mercado de servicios como asesinos contratados, como jaladores de automóviles y motocicletas, y secuestradores. Estas actividades más profesionales las combinaron con el ejercicio del control de territorios, el robo a camiones de comida y cerveza que circulaban por su territorio y el cobro de impuestos a las tiendas locales. Estas tres bandas se unieron para enfrentar a la banda de *El Coco*, la cual tenía una relación más estable con la mafia local. La guerra entre estas bandas dejaría muchos muertos; después de un período de tres años, éstas estaban casi extintas.

En 1992, todavía había seis bandas: *El Coco*, *El Chispero*, *La 24*, *La Cueva*, *Los Calvos* y *Santa Fe*. Estas se relacionaban mediante un complejo y cambiante tejido de amistades, alianzas, distancias, enemigos y conflictos que trasgredieron muchos de los límites implícitos, tanto éticos como físicos, respecto a la seguridad dentro del barrio. *Los Calvos* hizo una alianza con *El Coco* para enfrentar a la banda *El Chispero*. Aunque las dos bandas no habían tenido problemas entre sí antes, las simpatías cambiaron de la noche a la mañana cuando la móvil cadena de lealtades y rumores se liberó. *La Cueva* tenía una amistad distante con *La 24* y

tenía un conflicto declarado con *El Coco*. *La Cueva* y *El Chispero* se unieron para enfrentar a *El Coco*. Y entonces quedaban aquellos de *Santa Fe*, el barrio vecino. *Santa Fe* tenía inicialmente una relación cercana con *La Cueva* pero terminó atacándolos después. Por esos días, Ómar, Alberto, Aldemar y Sebastián, pertenecieron, cada uno, a una banda de jóvenes diferente. Hoy, cuando reflexionan sobre las guerras y los conflictos, se quedan cortos para explicar sus orígenes.

En 1993, el barrio enfrentaba la peor ola de violencia que jamás hubiera experimentado. Era el tiempo de la guerra entre las seis bandas por el monopolio del control del barrio, un tiempo que Milton, el líder de una de las bandas juveniles, describió como “diárea de alta presión”. La figura del *guapo*, aquel luchador experimentado, recursivo y astuto ladrón, con su distintivo estilo de vestir, perdió significado. Ahora, la imagen de *Rambo* inspiraba a estos jóvenes fascinados por las armas de fuego, quienes acogieron la lógica y el placer de la guerra como principio rector, y el vestido como símbolo de estatus (Ortiz, 1991). El territorio local era suficiente para que estos grupos demostraran su habilidad y notable destreza para pelear, usar armas de fuego y esconderse. La inestabilidad de los conflictos, fue el escenario propicio para demostrar su *verraquera*, y adquirir reconocimiento local, particularmente por parte de las mujeres.

Por la noche, jóvenes con chaquetas largas patrullaban el barrio, mientras que en el día, se hacían las transacciones, creían las expectativas de los negocios, los tiroteos y los rumores. Los actores de la violencia en el barrio Antioquia se multiplicaban, apareciendo y desapareciendo de la noche a la mañana. El odio, la venganza, el deseo de reconocimiento, el arreglo de cuentas, las deslealtades y la manipulación de fuerzas externas más poderosas se mezclaban y confundían en pequeñas e interminables guerras que anulaban cualquier esfuerzo por entender el origen de las mismas y su carácter futil.

Los episodios violentos generaron rupturas constantes en la cotidianidad de los habitantes del barrio. César tenía trece años en 1993. Estaba en casa solo, mientras descansaba en el balcón. De repente, vio su casa llenarse con más de cien personas que habían estado mirando un juego del fútbol en el parque. Buscaban refugiarse del tiroteo que se había desatado en la cancha de fútbol. César observó sorprendido cómo los dos baños, el área debajo de las camas, los armarios y la cocina se llenaban de

personas asustadas. Durante la hora que permanecieron allí, el miedo se convirtió poco a poco en risa, al tiempo que comparían chistes e historias. Cuando los disparos acabaron, salieron y le agradecieron a César.

Para ir a la escuela, Sebastián, que vivía a cuatro cuadras, tenía que caminar más de veinte. Evitaba atravesar un sector controlado por la banda de *El Coco* que estaba en guerra con la banda de *La 24*, con la cual Sebastián se identificaba sólo porque vivía en el sector que ellos controlaban. Mientras la frecuencia de los tiroteos y de las muertes en la calle aumentaba, la vida nocturna en los bares y el tiempo para vagar e ir de fiesta se acabaron, al igual que la tradición de *rumba* y celebración que siempre habían estado en el espíritu del barrio Antioquia.

La multiplicación de la violencia, y la proliferación y diversificación de los actores armados ocurría también en el país. Desde finales de los años 1980, el crecimiento del número de actores armados involucrados en lo que se ha denominado las macro-violencias, desafió cualquier esfuerzo por interpretar el conflicto colombiano en términos duales, o como conflicto activado a partir de un sólo componente, bien sea político, étnico, religioso, de pobreza o de clase social. Los grupos guerrilleros, particularmente las Farc y el ELN, mostraron un crecimiento firme en el número de combatientes, territorios controlados y acciones subversivas. Sin embargo, el poder de los carteles de la droga continuó siendo incontenible y los grupos paramilitares se expandieron sin precedentes en todo el panorama nacional (Salazar, 1993). Localmente, las milicias urbanas ganaron una presencia fuerte en más de sesenta barrios de Medellín, y los escuadrones de la muerte continuaron sus campañas de limpieza dirigidas principalmente contra jóvenes a quienes se asociaba con la guerrilla, el consumo de drogas, o la consumación de crímenes (Comisión para el Estudio de Violencia, 1992).

detener la guerra que había acabado con las vidas de más de doscientos jóvenes en menos de un año. Aunque las instituciones, los líderes, el sacerdote del barrio y las personas de la comunidad estaban interesadas en hacer posible el proceso de paz, el evento se recuerda más como un asunto de carne de cerdo y aguardiente con *El Patrón. Anderson*, un ex miembro de una banda recuerda ese día,

Es que un diciembre dijeron que iban a hacer la paz y yo no creía (con Eduardo) yo honestamente no creí que se dijera porque eso estaba muy grande (sí, nadie creía) O lo mataban o ... (sí nadie creía). La paz era la muerte de uno. Y empezaron a repartir marrano y todo el mundo ya todo contento, ese diciembre, muy parrandero... comiendo un marrano. [...] Para mí ese es el mejor momento que yo he vivido en mi vida, esa Navidad, para mí eso era volver a nacer uno (*Anderson*, uno de los jóvenes que firmó el acuerdo de la paz).

Las bandas acordaron un pacto de convivencia y no agresión, y un encuentro con el consejero municipal para la seguridad ciudadana, el alcalde y otros funcionarios municipales para negociar alternativas económicas, de capacitación y de seguridad. Con el cerdo y el aguardiente, las bandas hicieron un acuerdo verbal para no utilizar más sus armas. Después, en enero de 1994, hicieron otro acuerdo verbal que incluyó un principio de no agresión, sanciones para aquellos que no lo siguieron, oportunidades de empleo para estos jóvenes y talleres sobre derechos humanos. Entre tanto se negociaron las alternativas económicas y de empleo y la administración municipal se comprometió a obtener las libertades militares para estos jóvenes. Durante unos meses, las personas del barrio recobraron la sensación de libertad para circular y celebrar. Veinte de los miembros de la banda se hicieron empleados del servicio de aseo de la ciudad. Otros, recibieron capacitación comercial en fabricación y reparación de zapatos, peluquería; había incluso planes de trabajo para los jóvenes en la recuperación del río y los parques del barrio. Aunque la paz duró apenas unos meses, duró mucho más tiempo que las fugaces oportunidades de empleo que se les habían prometido.

Durante la tregua, muchos de los jóvenes que habían firmado el pacto de paz fueron asesinados. La tregua terminó unos meses después de firmado el tratado de paz, cuando otra guerra local se desató entre las bandas de *El Cuadradero* y *El Coco*. Fue entonces cuando los muchachos entendieron que había una agenda oculta tras el pacto de paz. Para el crimen organizado fuera del barrio, el pacto de paz era una oportunidad de hacer *limpieza*,

CERDOS PARA HACER LA PAZ

A MEMORIA COLECTIVA DEL BARRIO ANTIOQUIA CUENTA QUE EL 31 DE diciembre de 1993, Eduardo Roldán, *El Patrón*, le dio un cerdo y una botella de aguardiente a cada una de las seis bandas en conflicto y así se hizo la paz. Los patrones pidieron a las bandas

lo cual garantizaba que no hubiera *soplones* por ahí. Gabriel, un miembro de la banda de *El Cuadradero*, vivió este proceso de paz y muerte y hoy afirma que, "el mismo cartel de Medellín se encargó de que los muchachos se mataran unos a otros". Milton, el líder de la banda de *El Cuadradero* nos dio su versión de la muerte durante la tregua y de por qué ellos tenían que terminar involucrados en una nueva guerra,

Nosotros no andábamos metidos en ese conflicto, nosotros éramos pelados sanos... Estudiantes, juiciosos, sin nada... lo que hacíamos lo hacíamos serios, nadie sabía lo que era uno... esa paz (refiriéndose a la paz de 1993) fue la de *La Cueva* y *El Coquito*... como ese cuchillo (refiriéndose al capo local) aprovechó a los de *La Cueva* y los mandó a matar, un señor los mandó a matar en medio de la paz, los mató a todos uno por uno... dizque este no tiene problema, y piñ piñ y mataban a este y mataban al otro y entonces ya después los del *Coquito* querían monopolizar el barrio, nosotros éramos sanos y a nosotros nos tocó meternos en el conflicto.

Las alternativas económicas y de capacitación no funcionaron. Surgieron como programas de alivio temporal y los jóvenes nunca recibieron las tarjetas militares que les permitirían entrar en el mercado laboral; además, no se había elaborado una visión de conjunto respecto a los componentes para una reinserción exitosa en ese momento. Como lo dice el Padre Alejandro, "El error más grande que cometimos fue haberles dicho que conseguían una escoba o una pala... fue un fracaso total, una situación para la que no teníamos experiencia. Los jóvenes no estaban preparados para reintegrarse a la sociedad".

A finales de 1995 se firmó un nuevo acuerdo de paz y nuevos acuerdos verbales. Promesas de programas de capacitación, tarjetas militares y oportunidades de empleo se presentaron a un nuevo grupo de jóvenes. Desde esa época, la oscilación entre paz, conflicto de alta presión y negociaciones ha continuado. Entre 1995 y 1998, otros dos nuevos acuerdos de paz se negociaron y dos nuevas guerras se desencadenaron. Los *patrones* por lo general colaboraban para reunir las bandas para hablar y lograr los acuerdos de paz. Sin embargo, siguieron circulando rumores respecto a que durante la tregua tomarían ventaja y harían una *limpieza*. Cuando un acuerdo de paz se firmaba o estaba a punto de firmarse, las comunidades y los jóvenes recuperaban la esperanza, el uso de las calles y las fiestas. En la ciudad de Medellín se dieron

acuerdos de paz y rupturas sectoriales similares entre bandas de las comunas Centrooriental y Nororiental, y con las milicias urbanas.

En el ámbito nacional, se vivía un vaiven similar. La administración del presidente César Gaviria negoció agendas de paz y acuerdos con varios grupos guerrilleros, pero las negociaciones con los grupos más grandes y antiguos, las Farc y ELN, fracasaron (Restrepo, 1997). La paz era un terreno minado en el que las agencias ocultas y las no tan ocultas no podían encontrar un terreno común. Desesperado por mostrar resultados, el gobierno buscó negociar con grupos guerrilleros más pequeños, como el Quintin Lame, dos frentes del Ejército Popular de Liberación y las milicias urbanas de Medellín. Los acuerdos con las milicias urbanas se firmaron a comienzos de 1994, poco después de ratificado el acuerdo de paz entre las seis bandas del barrio Antioquia. El gobierno nacional, regional y municipal le dieron la bienvenida a estos dos procesos y los usaron como ejemplos de su voluntad política para negociar con los grupos armados (Palacios, 1997).

En 1997, cuando desarrollaba mi trabajo de campo, el barrio Antioquia seguía viviendo en el oscilante movimiento entre la paz y la guerra. Al mismo tiempo, sin embargo, la actividad de la comunidad presentaba un inusual crecimiento en los campos creativos, culturales y educativos. Por primera vez en la historia del barrio, un grupo de mujeres y jóvenes tomaba en sus manos la dirección de su comunidad. Estos nuevos líderes compartían una misma perspectiva para su barrio, en la cual la historia, la cultura y los niños eran las piezas claves de la reconstrucción del sentido de comunidad, y de una paz duradera.

CONCLUSIÓN

A HISTORIA DEL BARRIO ANTIOQUIA NOS PERMITE IDENTIFICAR EVENTOS locales que destacan dinámicas históricas clave de los últimos setenta años en el país. Los orígenes rurales de un barrio de artesanos y la formación de una ciudad económicamente próspera están interrelacionados a través de eventos marcadores, que articulan algunos de los rasgos culturales y de las dinámicas sociales del barrio. Las implicaciones de la experiencia vivida a lo largo de varios períodos de violencia por los habitantes del barrio y la consolidación de una economía local, de redes sociales y

organizaciones informales alrededor de la economía de la droga, son ejemplos concretos de cómo los procesos locales son parte de procesos regionales e internacionales más grandes. Sin embargo, los paralelos entre las tendencias nacionales y la historia local claramente presentes hasta los años noventa, desaparecen en el último periodo. A partir de entonces, identificamos un proceso interno marcado por una sucesión de eventos que no necesariamente emulan las tendencias nacionales, y un proceso externo dirigido a la diversificación y fragmentación de los actores en el conflicto. El contenido de esos eventos evocados como los más significativos para los habitantes del barrio Antioquia, ilustra algunos de los aspectos subyacentes a las conflictivas y desiguales dinámicas de una ciudad como Medellín: las violencias de múltiples niveles, el impacto de las políticas de exclusión, el poder de los mercados competitivos [tanto económico como político] y la interacción de valores morales e intereses económicos y políticos en la aplicación de políticas y regulaciones.

Metodológicamente he intentado proporcionar ejemplos sobre cómo las fuentes orales pueden conjugarse con las fuentes escritas para reconstruir las múltiples y sobreuestas capas de la narración local del pasado, y la forma como los recuerdos dan cuenta de las prácticas de producción de la historia. Según Muratorio (1991), esta interacción de tradiciones históricas permite un cuestionamiento dinámico de las tradiciones orales y escritas, y una interpretación de las transformaciones de la vida de la comunidad a lo largo del tiempo. Al hacer esto, la historia de la memoria y la historia de los eventos del barrio Antioquia y de la región se proyectan unas en otras (Roy, 1994).

Varias preguntas permanecen abiertas sobre el tejido social de una ciudad como Medellín y sobre una comunidad como la del barrio Antioquia: ¿por qué los habitantes del barrio continuaban reclamando un sentido de pertenencia y de arraigo a pesar del impacto profundo que la dinámica de la violencia local ha cargado sobre su tejido social y sobre sus vidas personales? ¿De qué manera a memoria ha funcionado para conservar algunos de los secretos de una supervivencia cultural y social? ¿Cómo trabaja la memoria, particularmente en una sociedad como Medellín, donde la violencia, sistema privilegiado de comunicación, le ha impuesto el silencio a muchas áreas de la vida cotidiana?

El punto de partida de mi investigación se funda en otra pregunta, una que vi escrita en un tablero improvisado en la calle

principal del barrio Antioquia: *¿Por qué, a pesar de tanta mierda, este barrio es poder?* Este *graffiti* ciertamente remite a algunos de los principales interrogantes que este artículo se interesa en analizar: el ámbito de la vida diaria y la experiencia de la violencia y el poder, y las sutiles maneras como individuos en ambientes tan discontinuos e impredecibles logran sobrevivir –física y culturalmente– y dar sentido a sus prácticas. La pregunta sugiere la presencia de un conocimiento local implícito que se construye en otra parte, fuera de los niveles inmediatos de la experiencia vivida donde reside la *mierda*. Este conocimiento proporciona a los residentes del barrio Antioquia la capacidad de recuperación, la creatividad y la imaginación para continuar dándole sentido al barrio como un lugar significativo para ellos mismos, como un barrio que es poder.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARANGO, MARIO. 1988. *Impacto del narcotráfico en Antioquia*. Editorial J.M. Avango. Medellín.
- ARANGO, MARIO Y JORGE, CHILD. 1984. *Narcotráfico. Imperio de la cocaína*. Editorial Presencia. Medellín.
- ARCHILA, MAURICIO. 1991. *Cultura e identidad obrera. Colombia 1900-1945*. Cinep. Bogotá.
- BERGQUIST, CHARLES. 1992. "Introduction: Colombian Violence in Historical Perspective". En *Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective*. Charles, Bergquist, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez, eds.: 1-10. Scholarly Resources. Wilmington, Del.
- BETANCOURT, DARIO Y MARTA GARCIA. 1994. *Contrabandistas, marimberos y mafiosos. Historia social de la mafia colombiana (1965-1992)*. Tercer Mundo Editores. Bogotá.
- CAMACHO, ALVARO Y ÁLVARO GUZMÁN. 1990. *Colombia: ciudad y Violencia*. Foro Nacional. Bogotá.
- CANO, IVAN. 1987. *Impacto sociocultural del traslado de una zona de tolerancia en los barrios unidos Antioquia y Fundadores*. Tesis de antropología. Universidad de Antioquia. Medellín.
- CASTAÑEDA, LUZ Y JOSÉ HENAO. 1996. *El Parlache*. Universidad de Antioquia. Medellín.
- COHEN, DAVID W. 1994. *The Combing of History*. The University of Chicago Press. Chicago.

- COMISIÓN DE ESTUDIOS SOBRE LA VIOLENCIA. 1987. *Colombia: Violencia y democracia*. Universidad Nacional y Colciencias. Bogotá.
- _____. 1992. "Organized Violence". En *Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective*. Charles, Bergquist, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez, eds.: 261-272. Scholarly Resources. Wilmington, Del.
- EDDY, PAUL, SABOGAL, HUGO Y SARA WALDEN. 1988. *The Cocaine Wars*. Norton. New York.
- ESCOBAR, ARTURO. 1997. *The Place of Nature and the Nature of Place: Globalization of Postdevelopment?* Department of Anthropology. University of Massachusetts. Amherst.
- _____. 1995. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton University Press. New Jersey.
- GUGLIOTTA, GUY Y JEFF LEEN. 1980. *Kings of Cocaine. Inside the Medellin Cartel – an astonishing true story of murder, money, and international corruption*. Simon and Schuster. New York.
- GUPTA, AKHIL Y JAMES FERGUSON. 1997. "Culture, Power, Place: Ethnography at the End of an Era". En *Culture, Power, Place: Explorations in Critical Anthropology*. Akhil Gupta y James Ferguson, eds.: 1-29. Duke University Press. Durham.
- JARAMILLO, ANA MARÍA. 1993. "Milicias populares en Medellín: entre lo privado y lo público". *Revista Foro* 22:25-37.
- _____. 1994. "Marginalidad y delincuencia en el Medellín reciente: entre lo imaginario y lo real". En *Memorias del Seminario Medellín, actores urbanos y proyectos de ciudad*. Corporación Región. 10 y 11 de noviembre 1994. Universidad Nacional y Corporación Región. Medellín.
- JARAMILLO, ANA MARÍA, RAMIRO CEBALLOS, Y MARÍA INÉS VILLA. 1998. *En la encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*. Corporación Región. Medellín.
- LEGEND, CATHERINE. 1994. "Comentario al estudio de la historiografía sobre la violencia". En *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y Latinoamericana*. Bernando Tovar, ed.: 425-432. Editorial Universidad Nacional. Bogotá.
- OQUIST, PAUL. 1980. *Violence, Conflict and Politics in Colombia*. New York.
- ORTIZ, CARLOS. 1991. "El sicariato en Medellín: entre la violencia política y el crimen organizado". *Análisis Político* 14: 60-73.
- PALACIOS, MARCO. 1997. *Por una agenda de paz*. Departamento Nacional de Planeación. Bogotá.

- PÉCAUT, DANIEL. 1997. "Presente, pasado y futuro de la violencia". *Analisis Político* 30: 5-35. Enero-abril.
- PASSERINI, LUISA. (ed). 1992. *Memory and Totalitarianism. International Yearbook of Oral History and Life Histories*. Volume 1. Oxford University Press. Oxford.
- RESTREPO, LUIS ALBERTO (ed.). 1997. *Síntesis 97. Anuario social, político y económico de Colombia*. Tercer Mundo Editores-Iepri. Bogotá.
- REYES, CATALINA. 1996. *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930*. Colcultura. Bogotá.
- ROLDÁN, MARY. 1992. "Genesis and Evolution of la Violencia in Antioquia, Colombia (1900-1953)". Ph.D. dissertation. Harvard University.
- SALAZAR J., ALONSO, LUZ ELLY CARVAJAL, PABLO GARCÍA, NIVER, Y DOÑA NENA. 1996. *La génesis de los invisibles. Historias de la segunda fundación de Medellín*. Programa por la Paz. Bogotá.
- SALAZAR, ALONSO Y ANA MARÍA JARAMILLO. 1994. *Las culturas del narcotráfico*. Cinep. Bogotá.
- SALAZAR, ALONSO. 1998. *La cola del lagarto. Drogas y narcotráfico en la sociedad colombiana*. Corporación Región. Medellín.
- SÁNCHEZ, GONZALO. 1992. "The Violence. An interpretative synthesis". En *Violence in Colombia, The Contemporary Crisis in Historical Perspective*. Charles Bergquist et al., eds.: 75-124. Scholarly Resources Inc. Wilmginton.
- SAVIGLIANO, MARTA. 1995. *Tango and the political economy of passion*. Westview Press. Boulder.
- STRONG, SIMON. 1995. *Whitewash. Pablo Escobar and the Cocaine Wars*. Pan Books. London.
- TAYLOR, JULIE. 1994. "Body Memories: Aide-memoires and Collective Amnesia in the Wake of the Argentine Terror". En *Body Politics. Disease, Desire and the Family*. Michael Ryan y Avery Gordon, eds.: 192-209. Westview Press. Boulder.
- URIBE, MARÍA TERESA. "La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia". *Realidad Social* 1: 51-57. Gobernación de Antioquia-Edinalco. Medellín.
- VILLA, VÍCTOR. 1991. *Pre-ocupaciones*. Ediciones Autores Antioqueños. Medellín.
- WADE, PETER. 1986. "Relaciones e identidad étnicas en el Urabá chocoano: la reacción del negro chocoano ante la presencia antioqueña y costeña". En *La participación del negro. A. Cifuentes, ed.* 97-114. Colcultura. Bogotá.